



Martín Ríos Saloma

“Notas en torno a la representación del mar
en la Baja Edad Media. Imagen y discursos”

p. 17-36

Espacios marítimos y proyecciones culturales

Flor Trejo Rivera y Guadalupe Pinzón Ríos (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto Nacional
de Antropología e Historia

2019

342 p.

Figuras

(Serie Historia General 37)

ISBN 978-607-30-2044-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de abril de 2021

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/719/espacios_maritimos.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



NOTAS EN TORNO A LA REPRESENTACIÓN DEL MAR EN LA BAJA EDAD MEDIA

IMAGEN Y DISCURSOS

MARTÍN RÍOS SALOMA

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

Introducción

“En la ciudad, en diversas casas, realiza de su mano algunas mujeres desnudas, de las cuales hoy en día en Castello, residencia del Duque Cosme, extramuros de Florencia, se encuentran dos cuadros figurados, uno de Venus que nace, y a la cual aurora y los vientos hacen venir a tierra con los amores”.¹ Con estas palabras, Giorgio Vasari describía a mediados del siglo XVI, en sus *Vidas*, *El nacimiento de Venus* de Sandro Botticelli, realizado entre 1477 y 1485 y expuesto en la actualidad, como se sabe, en la Galería de los Uffizi en Florencia.

En el siglo XXI, *Wikipedia*, suma de los conocimientos en la posmodernidad, consultada por todo tipo de personas del mundo entero que buscan datos y referencias de primera mano, califica en su versión italiana al *Nacimiento de Venus* como “una de las obras más célebres del artista y del Renacimiento italiano en general”

¹ “*Per la città in diverse case fece tondi di sua mano e femmine ignude assai, delle quali oggi ancora a Castello, luogo del Duca Cosimo fuor di Fiorenza, sono due quadri figurati, l'uno Venere che nasce, e quelle aure e venti che la fanno venire in terra con gli amori.*” Giorgio Vasari, “Sandro Botticello Pittor Florentino”, en *Le vite de' più eccellenti architetti, pittori, et scultori italiani, da Cimabue insino a' tempi nostri* (1550), Florencia, Editor Lorenzo Torrentino, 1550. La edición moderna de Luciano Bellosi y Aldo Rossi, presentación de Giovanni Previtali, Turín, Giulio Einaudi Editore, 1986, disponible en: [https://it.wikisource.org/wiki/Le_vite_de%27_pi%C3%B9_eccellenti_pittori,_scultori_e_architettori_\(1550\)/Sandro_Botticello](https://it.wikisource.org/wiki/Le_vite_de%27_pi%C3%B9_eccellenti_pittori,_scultori_e_architettori_(1550)/Sandro_Botticello) (consultado el 18 octubre 2015).

(figura 1).² El texto enciclopédico señala que la obra no se menciona en los inventarios Medici de los años 1498, 1503 y 1516 “pero gracias al testimonio de Vasari en las *Vidas*, sabemos que se encontraba en la villa de Castello en 1550, cuando contempló las dos obras expuestas de manera conjunta en la residencia de campo de la rama menor de la familia”.³

La escena representa el momento en el que Venus, nacida de la espuma del mar, llega a la costa de la isla de Chipre, animada por la unión de los vientos Zéfiro y Aura, en tanto una de las Horas le ofrece un rico manto decorado con flores.

El nacimiento de Venus sería, por tanto —continúa el texto de la popular enciclopedia—, el reflejo del Humanismo, y representaría la alegoría del amor como fuerza motriz de la Naturaleza. La figura de la diosa, representada en la pose de Venus, es personificación de la Venus celeste, símbolo de pureza, simplicidad y belleza sin adornos del alma. Se trata de un concepto fundamental del humanismo neoplatónico, que regresa bajo diversos aspectos también en otras dos pinturas de Botticelli realizadas en el mismo periodo: el *Altar y el centauro* y *Venus y Marte*. La composición es extremadamente balanceada y simétrica, el diseño está basado sobre las líneas elegantísimas que crean juegos decorativos sinuosos y graciosos. En cada caso la atención al diseño no se resuelve en efectos puramente decorativos, sino que mantiene un guiño a la volumetría y a la utilización de distintos materiales, sobre todo en los ligerísimos vestidos. El color es claro y nítido, derivado de la particular técnica que imita el fresco, llena de luz las figuras, haciendo resaltar la pureza penetrante de la belleza. Aún más que en la *Primavera*, la espacialidad del fondo es plana, colocando las figuras en una suspensión mágica. La progresiva pérdida de los valores prospectivos permite colocar esta obra, después de la *Primavera*, en una fase en la que la crisis que se apoderará de Florencia a final del siglo se encuentra ya anunciada.⁴

² “[...] una delle opere più celebri dell’artista e del Rinascimento italiano in generale”, “Sandro Botticelli”, *Wikipedia* [versión italiana], https://it.wikipedia.org/wiki/Sandro_Botticelli (consultado el 23 de junio de 2016).

³ “[...] ma sempre grazie alla testimonianza del Vasari nelle *Vite* sappiamo che si trovava nella Villa di Castello nel 1550, quando egli vide le due opere esposte insieme nella residenza di campagna del ramo cadetto della famiglia”, *idem*.

⁴ “La nascita di Venere sarebbe pertanto la venuta alla luce dell’*Humanitas*, intesa come allegoria dell’amore quale forza motrice della Natura. La figura della dea, rappresen-

Si hemos preferido la descripción del *Nacimiento de Venus* contenida en *Wikipedia*, frente a cualquier manual de historia del arte o estudio académico sobre el arte en el Renacimiento o, inclusive, sobre el periodo renacentista —entre los que cabría incluir las obras de Burckhardt, Symonds, Gombrich, Antal, Burke, Argullol, Tallon o Crouzet-Pavan,⁵ entre muchos otros especialistas—, es precisamente por su carácter popular y su amplia difusión entre el público medianamente letrado y la visión que ofrece sobre el Renacimiento, el cuadro en cuestión y su autor. Y como es evidente, en toda esta descripción electrónica que hace el anónimo enciclopedista posmoderno la presencia del mar es completamente ignorada, como no sea por la referencia a la espuma de la que nace Venus.

De esta suerte, el medievalista que lanza miradas a los siglos de la modernidad temprana, se pregunta por qué no se repara lo suficiente en la presencia del mar en el cuadro del artista florentino como manifestación de los profundos cambios políticos, económicos, culturales y científicos ocurridos entre el siglo XI —momento

tata nella posa di Venus pudica (ossia mentre copre la sua nudità con le mani ed i lunghi capelli biondi), è la personificazione della Venere celeste, simbolo di purezza, semplicità e bellezza disadorna dell'anima. Si tratta di uno dei concetti fondamentali dell'umanesimo neoplatonico, che ritorna sotto diversi aspetti anche in altri due dipinti del Botticelli realizzati all'incirca nello stesso periodo: la Pallade e il centauro e Venere e Marte. La composizione è creano giochi decorativi sinuosi e aggraziati. In ogni caso l'attenzione al disegno non si risolve mai in effetti puramente decorativi, ma mantiene un riguardo verso la volumetria e la resa veritiera dei vari materiali, soprattutto nelle leggerissime vesti. Il colore chiaro e nitido, derivato dalla particolare tecnica che imita l'affresco, intride di luce le figure, facendone risaltare la purezza penetrante della bellezza. Ancora più che nella Primavera, la spazialità dello sfondo è piatta, bloccando le figure in una magica sospensione. La progressiva perdita dei valori prospettici fa collocare quest'opera dopo la Primavera, in una fase in cui la "crisi" che investirà Firenze alla fine del secolo, è già più che mai avviata." Idem.

⁵ Jacobo Burckhardt, *La cultura del Renacimiento en Italia*, 2a. ed., Madrid, Akal, 2004 [1a. ed., 1860]; J. A. Symonds, *El renacimiento en Italia*, 2 v., México, Fondo de Cultura Económica, 1957; Ernest Gombrich, *Historia del arte*, México, Conaculta, 1995 [Particularmente los capítulos XII-XVI, p. 223-338]; Frederik Antal, *El mundo florentino y su ambiente social. La república burguesa anterior a Cosme de Médici, siglos XIV-XV*, Madrid, Alianza, 1989; Peter Burke, *El Renacimiento europeo*, Barcelona, Crítica, 2000; Rafael Argullol, *El Quattrocento. Arte y cultura en el Renacimiento italiano*, Barcelona, Montesinos, 1988; Alain Tallon, *L'Europe de la Renaissance*, Paris, Presses Universitaires de France, 2013; Élisabeth Crouzet-Pavan, *Renaissances italiennes, 1380-1500*, Paris, Albin Michel, 2007.

en el que gracias a la primera cruzada los cristianos de occidente se hicieron a la mar— y el último tercio del siglo xv, cuando los portugueses, castellanos, catalanes, genoveses, pisanos, venecianos y turcos se disputaban el control del viejo Mediterráneo y cuando los dos primeros iniciaron su disputa sobre el Atlántico.

Sin afirmar de ninguna manera que el *Nacimiento de Venus* de Botticelli sea la primera representación artística del mar, y no sólo simbólica o geográfica, me parece que, más allá de su importancia dentro de la historia del arte y de la capacidad técnica del artista florentino para captar el movimiento de la naturaleza, esta magnífica obra, custodiada en la Galería de los Oficios de Florencia, es, además, retrato de toda una época y un reflejo de los profundos cambios estructurales de la sociedad europea que en ella se operaron a lo largo de los siglos bajomedievales. Ciertamente, en épocas anteriores copistas e iluminadores habían representado el mar, como ocurría en los mapas T en O que reproducían incluso en fechas tardías la distribución del mundo según lo había señalado Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías*,⁶ o como sucedía en las *Cantigas* de Alfonso X, el Sabio,⁷ para quien la mar, según lo estipulado en las *Partidas* era “lugar señalado en que pueden los hombres guerrear a sus enemigos”.⁸ Pero la importante presencia del mar y el lugar que le concede el artista en el conjunto de la composición pueden interpretarse, a modo de hipótesis, como reflejo de la importancia que adquirió el mar como espacio privilegiado de navegación y de

⁶ Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, texto latino, traducción y notas de José Oroz Reta y Manuel A. Marcos Casquero, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2004, p. 997-998. Particularmente, el capítulo 2, *De orbe*, del libro XIV: “Se denomina orbe por la redondez de su círculo, porque es semejante a una rueda [...]. El océano la rodea por todos lados, limitando sus confines como en un círculo. El orbe está dividido en tres partes, una de las cuales se denomina Asia, otra Europa, y la tercera, África.” En la impresión que se hizo de las *Etimologías* en 1472 en Augsburgo por Günther Zainer, se reprodujo de forma impresa por vez primera el mapa “T en O” característico de la concepción isidoriana del mundo. Véase, Isidoro de Sevilla, *Etimologiae*, Augsburgo, Günther Zainer Impresor, 1472, p. 362. Disponible en: Biblioteca Digital Hispánica, <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000098929&page=1> (consultado el 23 de junio de 2016).

⁷ Por ejemplo, las *Cantigas XXXV* y *XCV* del manuscrito del Escorial.

⁸ Alfonso X, *Las Siete Partidas*, 7 v., Barcelona, Imprenta de Antonio Bergnes, 1843, *Partida* segunda, título XXIV, p. 256.

comercio, como frontera entre civilizaciones —cristiana y musulmana— y como espacio geográfico (marítimo) abierto a las empresas humanas de exploración y dominio del mundo.⁹ Las presentes reflexiones nacen, en consecuencia, de dos interrogantes muy sencillas: ¿qué representó el mar para los hombres y mujeres de la plena y la Baja Edad Media? ¿Es efectivamente posible rastrear los cambios estructurales de una sociedad occidental en expansión a partir de las representaciones literarias, cronísticas y artísticas sobre el mar elaboradas en los últimos siglos del medievo?

Ciertamente, sería una labor imposible analizar en un espacio como éste la transformación textual y visual de las representaciones sobre el mar a lo largo de toda la Edad Media. Ello ameritaría, sin duda, un trabajo monográfico, pero me parece que sí es factible explorar a través de algunos textos historiográficos, hagiográficos y literarios la forma en que el mar fue representado y concebido por los hombres del medievo, dejando para otra ocasión el análisis de las representaciones icónicas. De esta suerte, en el presente trabajo propongo un juego intelectual que consiste en pasar del texto a la imagen, es decir, de las imágenes textuales a las imágenes icónicas como lo plantea Hans Belting, para quien la imagen —discursiva o icónica— es una “unidad simbólica” producto “de una simbolización personal o colectiva”.¹⁰ Ello nos permitirá comprender cómo y en qué medida la obra de Botticelli representó una auténtica transformación en la forma de concebir al mar y los cambios operados en la sociedad europea que en aquella se reflejaron. Huelga decir que este trabajo quiere ser continuidad de aquel que se publicó en el volumen que contiene los trabajos presentados en el marco de las Segundas Jornadas de Cultura Marítima celebradas en el puerto de Veracruz en 2013, por lo que he querido buscar

⁹ He desarrollado estas ideas en trabajos previos como: “Presentación”, en *El mundo de los conquistadores*, Martín F. Ríos Saloma (ed.), Madrid/México, Sílex/Universidad Nacional Autónoma de México, 2016, p. 13-23, y “La guerra del Estrecho en la historiografía contemporánea”, en *Guerra Santa y cruzada en el Estrecho. El occidente peninsular en la primera mitad del siglo XIV*, Carlos de Ayala (ed.), Santiago Palacios y Martín Ríos, Madrid, Sílex/Universidad Autónoma de Madrid, 2016, p. 423-442.

¹⁰ Hans Belting, *Antropología de la imagen*, Gonzalo Vélez (trad.), Madrid, Kats Editores, 2012, p. 14.

textos diversos a los utilizados en aquella ocasión y que sean, a su vez, representativos de formas escriturarias, épocas y procedencias geográficas distintas.¹¹

El mar en los textos medievales: imágenes discursivas

Antes de analizar los textos, me parece necesario y oportuno hacer una sucinta cronología de la historia del Mediterráneo para la época que nos ocupa, por cuanto ello nos permitiría situar mejor los textos empleados.¹² La historia del Mediterráneo, sin duda el espacio marítimo de mayor importancia para el mundo medieval, puede dividirse, a decir de Miguel Ángel Ladero Quesada, en cinco grandes etapas: la primera, desarrollada entre los siglos IV y VII, estaría marcada por la fractura de las redes de comercio marítimo del mundo romano como consecuencia de los procesos generales que terminarían con el imperio. La segunda se extendería entre los siglos VII y XI, y estaría caracterizada por la conquista y dominación de las principales rutas de comercio y navegación por parte de los musulmanes. La tercera iniciaría a finales del siglo XI con la proclamación de la primera Cruzada y se extendería hasta finales del siglo XIII, cuando, a decir del medievalista español, tuvo lugar “el progresivo auge de las marinas cristianas de Génova, Pisa, Marsella y Barcelona

¹¹ Martín Ríos Saloma, “La percepción del mar en la crónica castellana de la Baja Edad Media”, en *El mar: percepciones, lectura y contextos. Una mirada cultural a los entornos marítimos*, Guadalupe Pinzón y Flor Trejo (eds.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2015, p. 113-130.

¹² Muchos han sido quienes en los últimos años se han interesado por el Mediterráneo, baste citar: Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992 [1a. ed., 1949]; Fernand Braudel, *El Mediterráneo. El espacio y la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2009; Predrag Matvejevic, *La Méditerranée et l'Europe. Leçons au Collège de France*, París, Market Paperback, 1988; Alessandro Vanoli, *Le parole e il mare. Tre considerazioni sull'immaginario politico mediterraneo*, Turín, Nino Aragno Editore, 2005; Scipione Guarracino, *Mediterraneo. Immagini, storie e teorie da Omero a Braudel*, Milán, Bruno Mondadori Editore, 2007; David Abulafia, *Mediterranean encounters: economics, religious, political, 1100-1500*, Aldershot, Ashgate, 2000; David Abulafia, *El Mediterráneo en la historia*, Barcelona, Crítica, 2003.

principalmente, y la presencia de flotas de origen atlántico —normandos, cruzados—, capaces de conquistar islas y plazas costeras y, sobre todo, de dominar rutas marítimas y actividades mercantiles”. La cuarta etapa se abriría a finales del siglo XIII como consecuencia “de la descomposición del imperio almohade en al-Andalus y el Magreb”, con la conquista de las ciudades mediterráneas de la península ibérica por parte de los cristianos “y con la apertura y utilización habitual de la ruta del estrecho de Gibraltar por las marinas europeas mediterráneas”, terminándose, a decir del autor, a finales del siglo XV y principios del siglo XVI con las conquistas cristianas de las islas Canarias, de las plazas costeras del Magreb y del viaje colombino.¹³

El siglo XI fue sin duda uno de los más importantes de la historia de la Europa occidental y representa, para quien esto escribe, el inicio de un largo periodo histórico que comienza con la consolidación de las monarquías feudales: el arranque del desarrollo del capitalismo mercantil y financiero, el desarrollo del mundo urbano y de la burguesía, el principio de la expansión de la cristiandad occidental más allá de sus fronteras y un proceso de auto afirmación de la Europa cristiana frente a sus enemigos y externos en el marco de una profunda reforma de la Iglesia cuyo máximo exponente fue Gregorio VII.¹⁴

En este contexto, en el año 1066, el duque Guillermo de Normandía reclamó para sí el trono de Inglaterra y en octubre de aquel año cruzó con sus tropas —unos 15 000 hombres y 3 000 caballos transportados en un millar de navíos— el canal de la Mancha, derrotando en la batalla de Hastings al rey anglosajón Haroldo II e instaurando una nueva dinastía a la que pertenecerían Enrique Plantagenêt y Ricardo Corazón de León.¹⁵

¹³ Miguel Ángel Ladero Quesada, “La guerra del Estrecho”, en *Guerra y diplomacia en la Europa Occidental, 1280-1480*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2005, p. 255-293.

¹⁴ Entre una abundante bibliografía sobre el periodo, puede citarse el volumen colectivo —ahora un clásico—, Robert Fossier (coord.), *El despertar de Europa 950-1250*, Barcelona, Crítica, 1988.

¹⁵ Los datos sobre la armada los ofrece Pierre Bouet, *Hastings. 14 octubre 1066*, París, Talandier, 2010, p. 27 y 45-51. Sobre la conformación de los dominios Plan-

Guillaume de Poitiers sería el cronista encargado de dejar testimonio de estas hazañas en una biografía intitulada *La vida de Guillermo el Conquistador, 1035-1070*.¹⁶ En ella, encontramos pasajes particulares sobre el cruce del canal que dan buena cuenta de la importancia que tal acción tuvo tanto en la vida de Guillermo como en su campaña militar y resulta sumamente interesante que el autor medieval compare la hazaña del duque normando con la de personajes de la antigüedad como Agamenón y Jerjes:

Poder de la flota

La antigua Grecia cuenta que Agamenón, hijo de Atreo, fue con mil naves a vengar el ultraje del lecho fraterno; nosotros podemos asegurar también que Guillermo fue a conquistar la diadema real con una flota numerosa. Ella cuenta entre sus fábulas, además, que Xerxes [*sic*] unió por un puente de barcas las ciudades de Sestos y de Abydos que estaban separadas por el mar; nosotros publicamos, y es la verdad, que Guillermo reunió bajo el gobierno de su poder el territorio de Normandía y de Inglaterra. Pensamos que Guillermo puede igualarse, y aún preferirse a Xerxes, quien fue vencido y cuya flota fue destruida por el valor de un pequeño número de enemigos, puesto que nunca fue vencido por nadie y honró su país de gloriosos trofeos y enriqueció de ilustres triunfos.¹⁷

De igual forma, la *Vida* da cuenta de la travesía del canal de la Mancha, del temor que sintieron los hombres de Guillermo, de la manera en que éste celebró una comida —con vino incluido—, para

tagenêt, véase Martin Aurell, *L'Empire des Plantagenêt, 1154-1224*, París, Perrin, 2003.

¹⁶ Guillaume de Poitiers, *La vie de Guillaume le Conquérant, 1035-1070*, traducido del latín por François Guizot, Yves Germain y Eric de Bussac (eds.), Clermont Ferrand, Éditions Paleo, 2010.

¹⁷ “*Puissance de la flotte. L'antique Grèce rapporte qu'Agamemnon, fils d'Atrée, alla avec mille vaisseaux venger l'outrage du lit fraternel; nous pouvons assurer aussi que Guillaume fables que Xerxès joignit par un pont de vaisseaux les villes de Sestos et d'Abydos que séparait la mer; nous publions, et c'est avec vérité, que Guillaume réunit sous le gouvernail de son pouvoir l'étendue du territoire de la Normandie et de l'Angleterre. Nous croyons qu'on peut égaler et même préférer pour la puissance, à Xerxès qui fut vaincu, et dont la flotte fut détruite par le courage d'un petit nombre d'ennemis, Guillaume que ne vainquit jamais personne, qui orna son pays de glorieux trophées, et l'enrichit d'illustres triomphes*”. *Ibidem*, p. 96 -97.

tranquilizarlos hasta que los alcanzó el grueso de la flota —que se nos presenta como un bosque cerrado por la cantidad de mástiles que la componían— y finalmente pudo desembarcar en Inglaterra:

Travesía y desembarco

En la noche, después de haber descansado, los navíos levantaron anclas. Aquel que portaba al duque, navegando con mayor ardor hacia la victoria, dejó muy pronto tras de sí, por su extrema agilidad, a los otros, obedeciendo por la rapidez de su carrera la voluntad de su jefe. En la mañana un remero, habiendo recibido orden de mirar desde lo alto del mástil si apercibía navíos aproximarse, anunció que no se ofrecía a su vista otra cosa que la mar y los cielos. Tan pronto el duque hizo arrojar el ancla, y de miedo de aquellos que lo acompañaban no se dejaban consolar por el miedo y la tristeza, lleno de coraje, tomó, con una memorable alegría, y como en una sala de su casa, una comida abundante donde no faltó el vino perfumado, asegurando que se verían aparecer muy pronto a los otros, conducidos por la mano de Dios, bajo cuya protección se habían puesto. El chantre de Manteoue, que ameritó el título de príncipe no habría podido narrar sino de forma indigna la manera y la tranquilidad que presidieron esta comida. El remero, habiendo mirado una segunda vez, gritó que venía venir cuatro naves, y a la tercera ocasión apareció un gran número, cuya cantidad innumerable de mástiles, apretados unos contra los otros, les daban la apariencia de un bosque. Dejamos adivinar a cada uno en cuanta alegría se tornó la esperanza del duque, y cuánto glorificó desde el fondo de su corazón la misericordia divina. Empujado por un viento favorable, penetró su flota libremente, y sin haber tenido que combatir ningún obstáculo, en el puerto de Pévensy.¹⁸

¹⁸ *Traversée et débarquement. Dans la nuit, après s'être reposés, les vaisseaux levèrent l'ancre. Celui qui portait le duc, voguant avec plus d'ardeur vers la victoire, eut bientôt, par son extrême agilité, laissé derrière lui les autres, obéissant par la promptitude de sa course à la volonté de son chef. Le matin un rameur, ayant reçu ordre de regarder du haut du mât s'il apercevait des navires venir à la suite, annonça qu'il ne s'offrait à sa vue rien autre chose que la mer et les cieux. Aussitôt le duc fit jeter l'ancre, et de peur que ceux qui l'accompagnaient ne se laissassent troubler par la crainte et la tristesse, plein de courage, il prit, avec une mémorable gaieté, et comme dans une salle de sa maison, un repas abondant ou ne manquait pas le vin parfumé, assurant qu'on verrait bientôt arriver tous les autres, conduits par la main de Dieu, sous la protection de qu'ils s'était mis. Le chantre de Mantoue, qui mérita le titre de prince des poètes par son éloge du Troyen Énée, le père et la gloire de l'ancienne Romme, n'aurait pas trouvé indigne de lui rapporter l'habileté et la tranquillité qui présidèrent à ce repas. Le rameur ayant regardé une seconde fois, s'écria qu'il voyait*

En el ámbito hispano, a principios del siglo XII, el obispo de Compostela, Diego Gelmírez, inició un vasto proyecto escriturario para promover por toda la cristiandad latina la peregrinación al santuario jacobeo, en un momento marcado por el desarrollo de la segunda (1135) y la tercera (1188) cruzadas y por el renacer de las peregrinaciones a Jerusalén.¹⁹ El *Liber Sancti Iacobi*, contenido en el llamado *Codex Calixtinus*, por cuanto la curia compostelana quiso atribuirlo a la autoría del papa Calixto II para darle una mayor autoridad, contiene cinco libros de naturaleza diversa.²⁰ El segundo de los libros, conocido como *Libro de los milagros*, está conformado por una serie de relatos en los que gracias a la intervención de Santiago personas que se hallan en distintos trances son salvadas. Llama la atención que en una época donde la peregrinación hacia Jerusalén a través del mar se había convertido en un viaje más o menos frecuente, aparezcan dos milagros vinculados directamente con el espacio marítimo, el primero relacionado en particular con la guerra naval entre cristianos y musulmanes y con la permanente amenaza de caer en cautividad y ser vendido como esclavo. El milagro, además de mostrar el poder intercesor del santo hispano, ponía de manifiesto la voluntad de la sede apostólica compostelana de equiparar la peregrinación a Galicia con aquella que se realizaba a Tierra Santa, así como la familiaridad con la que las personas del siglo XII se lanzaban a la mar. De esta suerte, el milagro VII reza así:

venir quatre vaisseaux, et à la troisième fois il en parut un si grand nombre que la quantité innombrable de mâts, serrés les uns près des autres, leur donnait l'apparence d'une forêt. Nous laissons à deviner à chacun en quelle joie se changea l'espérance du duc, et combien il glorifia du fond du coeur la miséricorde divine. Poussé par un vent favorable, il entra librement avec sa flotte, et sans avoir à combattre aucun obstacle, dans le port de Pévensey. Ibidem, p. 97-98.

¹⁹ Sobre el culto jacobeo, véase, para una visión de conjunto, Luis Vázquez de Parga, José María Larrea y Juan de Uría Riu, *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, 3 v., Pamplona, Gobierno de Navarra, 1998.

²⁰ *Liber Sancti Iacobi. Codex Calixtinus*, Abelardo Moralejo (trad.), Casimiro Torres y Julio Feo, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2004. Sobre el *Liber Sancti Iacobi* y su composición, véase Manuel Díaz y Díaz, Ma. Araceli García Piñero y Pilar del Oro Trigo, *El códice calixtino de la catedral de Santiago. Estudio codicológico y de contenido*, Santiago de Compostela, Centro de Estudios Jacobeos, 1988.

Milagro de Santiago escrito por el papa Calixto

En el año de mil ciento uno de la encarnación del Señor, cuando cierto marino llamado Frisono conducía navegando por el mar una nave cargada de peregrinos al sepulcro del Señor en Jerusalén, deseoso de ir allá a hacer oración, vino contra él a atacarle cierto sarraceno llamado Avito Maimón, que pretendía llevarse cautivos a la tierra de los moabitas a todos los peregrinos. Y habiéndose abordado las dos naves, la de los sarracenos y la de los cristianos, y peleado duramente, cayó Frisono, vestido de loriga de hierro, casco y escudo, por entre ellas al fondo del mar. Mas dándole fuerza la misericordia de Dios, empezó a invocar en su corazón a Santiago, diciendo: “Grande y gloriosísimo Santiago, apóstol más piadoso que cuando decirse puede, cuyo altar besé una vez con mi boca indigna, dignate libarme con todos estos cristianos a ti encomendados.”

Al instante se le apareció el santo Apóstol en lo profundo del mar y, tomándole de la mano, le volvió a la nave sano y salvo. Y además, oyéndole todos, dijo el Apóstol al sarraceno: “Si no dejas esa navicilla de cristianos, te entregaré a ti con tu galera en su poder”. Y respondióle Avito: “¿Quieres decirme, illustre caballero, por qué pretendes quitarme mi presa? ¿Eres acaso el Dios del mar, que te opones en él a mi gente?” Mas le replicó el Apóstol: “No soy el Dios del mar, sino un siervo del Dios del mar, que auxilia a los que en peligro me llaman, tanto en el mar como en la tierra, según Dios quiere.” Y enseguida, por el poder de Dios y los auxilios de Santiago, la fuerte nave de los sarracenos empezó a peligrar en medio de una tempestad, y la de los cristianos, bajo la divina guía de Santiago, llegó al puerto deseado; y Frisono, una vez visitado el sepulcro del Señor, en el mismo año acudió a Santiago de Galicia.²¹

El capítulo VIII, por su parte, muestra las múltiples condiciones sociales de los peregrinos y la forma en que se pasaba el tiempo, realizando oraciones y leyendo los salmos para encomendarse a Dios. De igual forma, muestra la manera en que el vocabulario marítimo comienza a ser común —o al menos conocido en el conjunto de la sociedad— y la forma en que el tránsito por esta vida se equipara a las tribulaciones de la navegación y cómo en uno y otro caso la metáfora del puerto como remanso de paz y seguridad ocupa un lugar central. El texto asienta:

²¹ *Liber Sancti...*, p. 345-346.

Milagro de Santiago expuesto por el papa Calixto

En el año mil ciento dos de la encarnación del Señor, cuando cierto prelado que regresaba de Jerusalén, sentado en la nave junto a la borda, cantaba con el salterio abierto, vino una fuerte ola del mar y le arrastró con algunos otros pasajeros. Y cuando ya estaba casi a sesenta y dos codos de la nave, flotando sobre la ola y a viva voz invocaron a Santiago, se les presentó enseguida el Apóstol. Y en pie, con las plantas secas sobre las aguas del mar, junto a ellos que en peligro clamaban, les dijo: “No temáis, hijitos míos.” Y al momento ordenó al mar que devolviese a la nave a quienes había arrebatado de ella injustamente, y a los marineros, llamando desde lejos, que detuviesen la nave. Y así ocurrió. Detuvieron la nave los marineros, y el agua del mar, gracias a los auxilios de Santiago, devolvió a aquélla a todos los que había asaltado malamente, nada mojados y abierto aún el códice donde el sacerdote leía [...].

Y cuando luego el sacerdote acudió a la tumba de Santiago en Galicia exclamó: “Oh, tú, de siempre auxiliador, honor de los apóstoles, de los gallegos esplendor, de los peregrinos defensor, Santiago, de los vicios suplantador, de las cadenas de las culpas suéltanos y al puerto de la salvación condúcenos. Tú que ayudas a los que a tí claman en peligro, tanto en el mar como en la tierra, socórrenos ahora y en peligro de muerte”.²²

En el mismo siglo, pero en la corte de María de Champagne, los trovadores se dieron a la tarea de contar las hazañas de los caballeros de la mesa redonda, sobresaliendo, de entre todos los poetas, Chrétien de Troyes.²³ Chrétien, sin embargo, se inspiró en tradiciones múltiples y texto previos, uno de los cuales, de autor anónimo, lleva por título *La demanda del Grial*.²⁴ Como es de imaginar, la obra narra las aventuras de los caballeros del rey Arturo en busca del célebre cáliz que Jesucristo había utilizado en la última cena y en el que posteriormente José de Arimatea había recogido su sangre. En una geografía como la de las islas británicas, definida por la presencia del mar, éste elemento no

²² *Liber Sancti...*, p. 347.

²³ Sobre Chrétien de Troyes y su obra, véase la tesis de maestría elaborada por Diego Améndolla Spínola, *Creación del modelo de caballería a través de la cultura lúdica: producción, transmisión y recepción de las obras de Chrétien de Troyes (1165-1300)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Posgrado en Historia, 2013.

²⁴ Anónimo, *La Demanda del Grial*, Carlos Alvar (ed.), Madrid, Nacional, 1980.

podía faltar en el relato y así, el capítulo 127, narra cómo el caballero Boores llegó “a la nave donde le esperaba Perceval”:

Entonces se va de allí y se pone en marcha por el camino que lleva hacia el mar. Cabalga hasta llegar a una abadía, que estaba junto al mar; aquella noche se quedó a dormir ahí, y cuando se durmió, vino una voz a decirle: “Boores, levántate y vete hacia el mar, donde Perceval te está esperando en la orilla”. Cuando oye estas palabras, salta y se hace el signo de la cruz en medio de la frente; ruega a Nuestro Señor que le conduzca, va a donde están sus armas, las toma y se las viste [...] Cabalga hasta llegar al mar y encuentra una nave en la orilla, cubierta de jamete blanco; desciende y penetra en ella, encomendándose a Jesucristo; tan pronto como ha entrado, ve que la nave se aleja de la orilla y que el viento sopla sobre la vela, llevando a la nave a gran velocidad que parece que va volando por encima de las olas. Al ver que ha perdido su caballo, entra y se resigna. Mira por la nave, pero no ve nada, pues la noche era negra y oscura y por eso no podía ver bien; se acerca a la borda del barco y se acoda allí, rogando a Jesucristo que le conduzca a un lugar donde su alma pueda estar a salvo; después de hacer oración, se duerme hasta el día siguiente. Encuentra a Perceval, se reconocen y se abrazan y ambos amigos surcan el mar, ya hacia atrás, y hacia adelante, tal como el viento les lleva y hablan de muchas cosas reconfortándose el uno con el otro.²⁵

De la misma forma, en el capítulo CXXX, se describe la manera en que los protagonistas se hicieron a la mar en una nave y el miedo que ello les provocaba, miedo que se materializaba en el hecho de santiguarse al momento de penetrar en la barca y encomendarse a Dios, tal y como lo había hecho el duque Guillermo de Normandía:

Galahad es recibido por una doncella, señora de un castillo, y ella le dice que lo conducirá a una aventura. Entonces se alejan del castillo y se van muy deprisa; cabalgan aquella noche un buen trecho y vagaron tanto que llegaron al mar. Cuando llegaron allí, encontraron la nave en la que estaban Boores y Perceval, que esperaban a la borda y no dormían. Los recién llegados entraron a la nave no sin antes hacer el signo de la cruz en la frente y encomendarse a Nuestro Señor. Los dos compañeros le reciben con una alegría tan grande y con tan gran fiesta que no pueden hacerla mayor; la nave comienza a ir muy de prisa, por medio del mar,

²⁵ *Ibidem*, p. 234-235.



pues el viento le daba de lleno y navegan tanto en tan poco tiempo que no vieron más tierra, ni lejos ni cerca, y entonces amaneció.²⁶

Finalmente, en el capítulo CXLIII se relata, una vez más, una travesía en el mar en la que los personajes pierden la noción del tiempo y el espacio y los problemas básicos de verse sin alimentos al no cargar provisiones para el trayecto, hecho que muestra lo poco que las personas de los siglos XI y XII estaban habituadas al mar:

Tras varias aventuras se hacen de nuevo a la mar: Cuando llegaron a la nave entraron en ella y el viento empezó a dar en la vela, de tal forma que pronto los alejó de la roca. Cuando sobrevino la noche, comenzaron a preguntarse unos a otros si estaban cerca de tierra y cada uno decía que no sabía. Aquella noche la pasaron en el mar, sin comer ni beber, pues no tenían ninguna provisión y, cuando a la mañana siguiente, llegaron a un castillo que se llama Carcelois, que estaba en la marca de Escocia, dieron gracias a Nuestro Señor de que les había sacado salvos de la aventura de la espada y llevado a otro lado.²⁷

En todos estos fragmentos es posible apreciar el miedo que genera el mar en los personajes, que deciden santiguarse antes de entrar en la nave, y la nula posibilidad que tienen de guiar y conducir la nave, quedando a merced del viento y las propias olas. Hombres de tierra y de guerra —insisto en la idea—, los caballeros de la mesa redonda no conocen las artes de marear y la nave se convierte en un espacio y un tiempo de excepción. De igual manera y frente a lo que ocurre en las crónicas de la época, en el relato de los fragmentos literarios analizados, el mar se personaliza, se describe y se convierte en objeto de descripciones que permiten hacerse una idea clara de cómo concebían los hombres medievales el mar y los peligros con los que se asociaba. De esta suerte, el mar y la playa no eran un límite natural, significaban una frontera entre lo familiar y lo desconocido y cuando se surcaba el mar, se tenía plena conciencia de que una travesía marítima conllevaba un alto peligro de muerte.

²⁶ *Ibidem*, p. 240.

²⁷ *Ibidem*, p. 270.

Andando el tiempo, en la primera mitad del siglo XIV, en la Castilla que se disputa la hegemonía del estrecho de Gibraltar con los benimerines, la *Crónica de Alfonso XI* ofrece un testimonio muy claro sobre la importancia que el mar y las flotas habían adquirido en la geopolítica del momento. De esta suerte, cuando el cronista regio se dispone a narrar la batalla del Salado —librada entre el ejército cristiano y el ejército musulmán el 30 de octubre de 1340—, explica los antecedentes de la batalla y cuenta cómo la flota castellana fue destrozada por el viento y cómo muchos de los sobrevivientes fueron apresados e invitados a abrazar el islam so pena de muerte, insistiendo así en los peligros, naturales y humanos, que acechaban a los navegantes:

Dicho habemos que el rey Albohacen, desque vio las galeras et las naves del Rey de Castilla en la guarda de la mar, que envio a decir a Joan Alfonso de Benavides et a los caballeros que estaban en Tarifa, que enviasen a él dos caballeros, et que hablaría con ellos algunas cosas que eran en servicio del rey de Castiella et suyo del [...]. Et en aquella noche estando el Prior en la guarda de la mar con aquellas quince galeas et doce naves, veno tan grand tormenta en la mar, et murieron y muchas gentes de los christianos, et los que escaparon vivos, fincaron todos en poder de los moros: et las naves non podieron estar allí, et corrieron con aquella tormenta, la sunas fasta Cartagena, et las otras a Valencia en el regno de Aragón.²⁸

El último testimonio que quisiera reproducir corresponde al siglo XV y consiste en el relato que Pierre Boutier y Jean le Verrier escribieron alrededor de 1420 sobre la gesta de la conquista de las Canarias realizada por Gadifier de la Salle y Jean de Béthencourt alrededor de 1404.²⁹ Tras narrar el inicio del viaje y lo ocurrido en una parada forzosa en Bilbao, la crónica asienta que:

²⁸ *Crónica de D. Alfonso el Onceno de este nombre de los reyes que reinaron en Castilla y León...*, 2a. edición, Francisco Cerdá y Rico (ed.), Madrid, Imprenta de Antonio de Sancha, 1787, f. 430-431.

²⁹ Fray Pierre Boutier y Jean le Verrier, *Le Canarien, c. a. 1420*, Berta Pico (ed.), Eduardo Aznar y Dolores Corbella, La Laguna, Instituto de Estudios Canarios, 2003.

Después de doblar el cabo de Finisterre fuimos siguiendo la costa de Portugal hasta el cabo de san Vicente, y luego giramos y pusimos rumbo a Sevilla. Llegamos al puerto de Cádiz, muy próximo a la entrada del estrecho de Marruecos, donde permanecimos mucho tiempo y estuvimos retenidos, pues los comerciantes genoveses, placentinos e ingleses establecidos en Sevilla que habían perdido sus bienes en el mar, no sabemos por culpa de quién, nos acusaron ante el Consejo del Rey en Sevilla de tal modo que no pudimos librarnos, diciendo que éramos unos ladrones, que habíamos hundido tres navíos y cogido y saqueado lo que en ellos había.³⁰

Y con estas escuetas palabras describen los cronistas la entrada de la flota en el Atlántico:

Zarparon luego del puerto de Cádiz y llegaron a alta mar. Estuvieron durante tres días en calma chicha sin apenas avanzar, luego el tiempo mejoró y en cinco días llegaron al puerto de la isla de La Graciosa y desembarcaron en la isla de Lanzarote. Gadifier se fue a tierra adentro afanándose mucho por encontrar a algún canario, pero no lo consiguió, ya que por entonces desconocía totalmente el terreno, y regresó al puerto sin poder hacer nada más.³¹

El texto que narra las peripecias de los caballeros bretones —del cual sólo hemos reproducido una mínima parte— refleja, entre otros datos, el buen conocimiento de las costas atlánticas de Europa y África por parte de los marineros, al punto que no se hace necesario un reconocimiento previo y se viaja directamente. Muestra, en este sentido, la pericia que han adquirido los navegantes y el desarrollo tecnológico de principios del siglo XV, pues el hecho de que no haya habido contratiempos y los marineros pudieran llegar “directamente” subraya esas capacidades técnicas. De igual manera, muestra el hecho de que el cuadrante occidental del Mediterráneo era visitado por marineros de distintas naciones, italianos e ingleses —a los que habría que sumar catalanes y granadinos—, y el papel central que desempeñaba Sevilla como eje articulador del comercio en el cuadrante occidental del Mediterráneo y las pretensiones del

³⁰ *Ibidem*, p. 10-11.

³¹ *Ibidem*, p. 14.

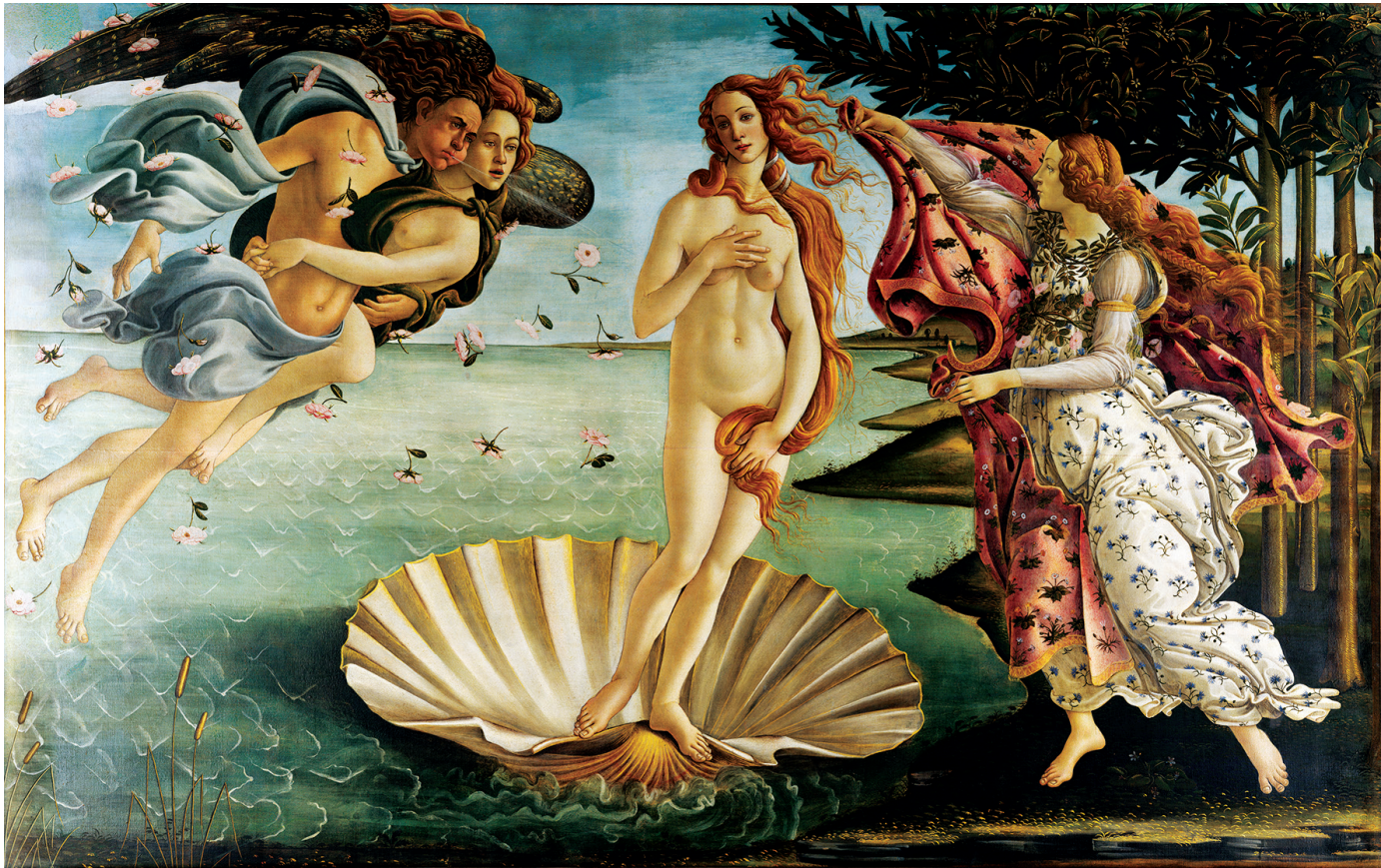


Figura 1. Sandro Botticelli, *El nacimiento de Venus*, 1484. Galería Uffizi, Florencia.

Fuente: Wikipedia, Google Art [https://es.wikipedia.org/wiki/El_nacimiento_de_Venus_\(Botticelli\)/media/File:Sandro_Botticelli_-_La_nascita_di_Venere_-_Google_Art_Project_-_edited.jpg](https://es.wikipedia.org/wiki/El_nacimiento_de_Venus_(Botticelli)/media/File:Sandro_Botticelli_-_La_nascita_di_Venere_-_Google_Art_Project_-_edited.jpg)

rey de Castilla de ejercer su plena soberanía sobre el espacio marítimo, extendiendo las fronteras de su reino más allá de las costas peninsulares.

Conclusiones

A tenor de lo analizado en estas páginas, ¿qué representa entonces *El nacimiento de Venus* de Botticelli? Sin duda, el desarrollo del humanismo, la recuperación de los valores y saberes de la antigüedad clásica y sus mitos y, por supuesto, el desarrollo de un nuevo concepto de belleza y del ser humano, en el que éste ocupa el centro del mundo. Representa también una nueva concepción sobre el mundo, que no se considera más un lugar de castigo, sino como un espacio creado por Dios para disfrute del propio ser humano. Pero representa también una nueva forma de conocer ese mundo mediante la observación directa de los fenómenos y de la naturaleza; es decir, a través del empirismo. De esta suerte, en el siglo XV se produjo una auténtica revolución filosófica y cognitiva por cuanto frente al conocimiento dogmático sustentado en las autoridades y el nominalismo se impusieron la observación y la experiencia directa como fuente de conocimiento y como vía de aproximación a la verdad.

Pero el cuadro refleja también los profundos cambios estructurales operados en el Mediterráneo en una perspectiva de larga duración. Así pues, en el periodo que transcurre entre el siglo XI y el siglo XV, el mar dejó de ser considerado como un espacio indefinido, un elemento indómito y como un camino de agua, para la peregrinación y las devociones espirituales, para ser concebido como una vía de gran utilidad para el comercio, como espacio para la guerra, como escenario de las hazañas de los hombres, como frontera abierta, frontera marítima y espacio de acción predilecto de los hombres en busca de fama y gloria.

De igual forma, se activó un diálogo comercial, político y cultural entre ejes geográficos y espacios marítimos y terrestres. Por un lado, el eje este-oeste que comunicaba los puertos del mediterráneo oriental con aquellos de la península ibérica y el Magreb. Por el otro,



el eje norte-sur que vinculaba los mercados del mar del Norte con los productores del Mediterráneo. La comunicación de estos ejes permitiría, a la postre, poner en contacto el espacio europeo con el espacio norafricano y el espacio mediterráneo con el espacio atlántico. Ello permitiría que ciudades, puertos, personas, culturas, economías y espacios de transtierra quedaran vinculados entre sí por las redes marítimas.

Asistimos también, y en consecuencia de lo anterior, a la internacionalización de las rutas mercantiles y de los conflictos por el control de las rutas comerciales y de las fuentes de abastecimiento de metales preciosos y materias primas, lo cual se tradujo en la presencia de actores múltiples en esos mercados en proceso de consolidación —castellanos, portugueses, granadinos, benimerines, catalanes, genoveses, pisanos, venecianos, turcos y del papado—. Nuevos y viejos actores que acabarían protagonizando la expansión europea sobre los espacios marítimos mundiales a partir del siglo XIV.

De la misma manera, estados y ciudades-estado (Génova y Venecia) en proceso de fortalecimiento actuaron sobre los espacios marítimos y ello se reflejó de múltiples formas: en la fiscalización y la aparición de impuestos al comercio marítimo, como el almojarifazgo castellano; en el sometimiento y encauzamiento de la nobleza hacia los intereses marítimos de la monarquía; en la dirección de las actividades bélicas realizadas en el mar por parte de los representantes de la monarquía y en la formación de escuadras y armadas “nacionales”. Esto se traduciría, naturalmente, en el desarrollo de la economía y de la tecnología naval, en el reclutamiento y formación de nuevos profesionales de la mar, en la aparición de nuevos cargos militares y nobiliarios, como el título de almirante, y en el surgimiento de nuevas necesidades, como el abastecimiento de los ejércitos en el mar y la construcción de un sistema de defensa en esos puntos neurálgicos de las rutas comerciales marítimas que son los puertos. En estos procesos, tanto la península itálica como la península ibérica tuvieron un papel central y estratégico por cuanto contribuyeron activamente a consolidar las rutas comerciales sobre el Mediterráneo occidental —con base en esta experiencia sus marineros se adentrarían en el Atlántico a partir del último tercio del siglo XIV.



Del temor al dominio sobre los mares, de la incertidumbre de la ruta a la certeza del destino y de la peregrinación a los negocios y la conquista, la expansión de Europa, vinculada al dominio de los mares, tiene pues una dimensión geográfica, política, militar, económica, espiritual e ideológica. Sandro Botticelli, al representar el nacimiento de Venus, no sólo recuperaba los valores clásicos de la belleza y materializaba el humanismo. Representaba, en realidad, el nacimiento de una nueva época en la que el mar como espacio geográfico sería el nuevo protagonista, convirtiéndose en un potente actor capaz de detonar nuevos procesos históricos.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS